

Mientras corretea por entre la hierba acompañada por una muchedumbre de náyades, la recién casada Eurídice muere tras haber recibido en su talón el mordisco de una serpiente. Después de que su marido, el poeta Orfeo, la lloró suficientemente en los aires de arriba, para no dejar de tantear también las sombras, se atrevió a bajar a la Estige y, a través de gentes sin peso y de espectros que habían recibido sepultura, llegó ante Perséfone y ante el señor que gobierna los poco atractivos reinos de las sombras y, tañendo las cuerdas para entonar un canto, dice así:

«Oh divinidades del mundo que está colocado bajo tierra, al que caemos todos los que somos creados mortales, si es lícito y permitís que, dejando de lado los rodeos de una boca engañosa, diga la verdad, no he bajado aquí para contemplar el oscuro Tártaro; la causa de mi viaje es mi esposa, en la que inoculó su veneno una víbora y le arrebató sus años. Puse mi empeño en poder soportarlo y no diré que no lo he intentado: ha vencido el Amor. ¡Por estos lugares llenos de temor, os pido, tejed de nuevo el apresurado destino de Eurídice! Todas las cosas os son debidas a vosotros y, demorándonos un poquito, más tarde o más pronto nos apresuramos a una única sede. Hacia aquí nos dirigimos todos, ésta es la última morada, y vosotros gobernáis los más amplios reinos del género humano. También ella, cuando en su madurez haya vivido los años que por derecho le correspondan, estará bajo vuestra jurisdicción; como un regalo os pido su disfrute. Pues si los hados niegan el permiso a mi esposa, tengo la certeza de que no quiero volver: gozaos con la muerte de los dos.»

Mientras él decía tales cosas y tañía las cuerdas que acompañaban su canto, las almas sin sangre lloraban; ni Perséfone ni Hades son capaces de decir que no al que suplica y llaman a Eurídice. Estaba ella entre las sombras recientes y avanzó con un paso lento a causa de la herida. Orfeo se la llevó, con una condición: no debía mirarla hasta salir de los valles del Averno o habría de perderla. A través de los mudos silencios cogen un sendero inclinado, empinado, oscuro, lleno de negras tinieblas. Y no estaban lejos del límite de la tierra de arriba: aquí, temiendo que le faltaran las fuerzas y deseoso de verla, el enamorado volvió los ojos; y al punto ella cayó hacia atrás y, tendiendo los brazos, la desgraciada nada agarra a no ser el aire que se retira. Y ya, al morir por segunda vez, dijo el último «adiós», que Orfeo apenas recibió en sus oídos.

OVIDIO, *Las metamorfosis*